

Dream a dream of bears

Nadia Abigail Fuentes Pompa

2014

Estaba caminando sobre la banqueta de camino a mi casa sobre la calle San Ramón. No puedo decir con exactitud la hora, pero era de noche o por la madrugada y el aire era gélido y tenso, las luces públicas estaban apagadas y todas las puertas de locales, tiendas y casas estaban cerradas en la oscuridad. Ninguna luz se asomaba por las ventanas de las construcciones y el ambiente estaba cargado con una electricidad extraña. Mi corazón había comenzado a latir rápidamente en mi pecho. Me sentía liviana, no había gente en la calle, ninguna alma humana a la vista.

Ah no, no estaba sola. Había alguien, alguien desconocido. No, no era alguien desconocido, lo había visto antes, pero en ese momento no podía recordar dónde exactamente lo había visto.

Él (era un chico) comenzó a hablar sobre animales. Platicábamos y caminábamos la calle en pendiente al mismo tiempo.

Fue extraño, pero no recordaba por qué de un momento a otro la calle pasó de ser un desierto asfaltado a una completa y extraña escena de zoológico: la calle estaba repleta de animales salvajes.

La charla, que cada vez se volvía más animada por parte de mi compañero misterioso, cobraba sentido ahora. Mientras él caminaba y hablaba, movía sus hábiles manos para señalar datos interesantes de los animales que estaban rodeándonos. Realmente no entendía nada, ¿acaso me había vuelto loca? ¿Debía suponer que eso era real y escuchar al loco que tenía al lado?

¡Animales salvajes en medio de la ciudad!

Podía ver cerca de mí a un caballo, había dos perros extrañamente enormes, aves por todas partes que surcaban la oscuridad como agujas, un gato persa, una jirafa (¡una jirafa!) que intentaba averiguar si el árbol de la señora Diana era comestible, un oso pardo y su oseño, una cebrá, leones por todas partes, un tigre blanco, infinidad de reptiles... Parecían decenas de animales por todas partes: en los espacios vacíos entre casa y casa, frente a las puertas de mis vecinos de manera aleatoria, sentados en las entradas de los negocios, en medio de la calle, corriendo a un lado de mí. Y yo estaba ahí, en medio de todos; me sentía como una bestia que sabía comportarse. Animales sueltos, sin ningún tipo de seguridad, era extraño que no comenzaran a comerse entre ellos.

Ese de ahí me dijo el hombre que me acompañaba, mientras apuntaba con el dedo a un gato podría arrancarte los ojos de un zarpazo, ¡ah! y esa ave de allí (un albatros) vuela tan rápido como un águila, creo que incluso ganaría, por otro lado, este precioso hurón es cien veces más...

Eso es imposible le dije *esos animales no hacen ese tipo de cosas.*

No tenía sentido, ¿a quién rayos se le ocurría decir ese tipo de cosas?

Esa bestia, señaló a al oso pardo de enorme tamaño, *tiene más dientes que la especie original y corre rápido. De verdad... rápido.*

¿Más rápido que los osos normales? le pregunté y supe que no debería hacer preguntas porque me hablaba con la verdad.

Sí, puede distinguir el calor corporal de sus presas, incluso siendo de noche, se acerca silenciosamente, y cuando está lo suficientemente cerca de ellas... ¡pum! ataca.

Pero esa no era la forma típica de cazar de un oso. Los osos no hacen eso, ¿no? No era experta en osos, pero sabía con seguridad que un oso no podía distinguir el calor corporal de las presas.

Y así transcurrió la mayor parte de mi noche, mi acompañante me hablaba de la extraña rapidez que todos los animales poseían y de alguna otra característica que los hacía mejores depredadores (incluso, había dicho él, a un pequeño cachorro debía considerarlo peligroso): garras más grandes, más dientes, pelaje que servía de camuflaje, “inteligencia” ...

¿Inteligencia? ¿Instinto?

¡Oh no! No te confundas, la inteligencia y el instinto son dos cosas muy diferentes... Ellos piensan de otra manera, sienten diferente, son como... humanos.

¿Humanos?

Bueno, es una forma de decirlo. Todos ellos pueden amar, odiar, sorprenderse, aprender... pero de la forma en la que lo hace un humano.

Impensable, le dije sabiendo que *imposible* no era el adjetivo que debía usar: no se niega lo que tienes frente a los ojos.

Y cuanto más caminábamos por la pendiente, más dudaba de que el hombre junto a mi estuviera siquiera cerca de estar delirando.

La mirada de algunos de los animales que me topaba era diferente y extraña, más profunda. Los ojos de los animales no eran normales y, aunque

nunca había visto a detalle ojos de animales antes, esos ojos que poseían los animales que me rodeaban no parecían pertenecer a sus caras.

Lo extraño de la situación no eran los animales que estaban cerca de nosotros (a decir que esto, incluso, ya es suficientemente extraño), lo insólito era que, por más que caminábamos y caminábamos, no llegábamos a la cima de la pendiente; el final de la calle parecía incluso más lejos con cada paso que dábamos hacia delante. Por alguna razón desconocida, y por más que habíamos caminado, no logramos llegar a la cumbre de la pendiente, doblar la esquina y llegar a casa.

Entonces algo sucedió. Un movimiento detrás de nosotros, uno rápido y silencioso hizo que mi corazón golpeará fuertemente en mi pecho por segunda ocasión esa misma noche. Giré la cabeza sólo para ver una mancha oscura, más negra que la noche, arrinconada a unos metros de nosotros. No podía decidir en ese momento lo que mis ojos estaban viendo exactamente, solo podía afirmar que la extraña y grotesca forma tenía ojos, o al menos, dos cuencas vacías que asomaban algo oscuro a través de ellas. Y eso me estaba mirando.

De repente, y tan rápido como el segundero de un reloj, el amasijo de oscuridad saltó hacia mí. Sin embargo, la figura negra topó con algún rayo de luz proveniente de las luces públicas (ahora encendidas), porque solo entonces fui capaz de descifrar aquello que me estaba atacando.

El enorme oso que hace unos momentos contemplaba en delicada paz, estaba saltando hacia mí, con las garras extendidas. Salté hacia atrás de forma instintiva, pero la enorme figura caminó lentamente hacia mí.

Mi garganta estaba seca, quería gritarle al hombre que antes me acompañaba por ayuda, pero no le veía por ningún lado, se había esfumado; mi tráquea parecía tener un nudo y me costaba respirar.

Hice lo único que se me ocurrió, lo único que parecía lógico en ese momento...

Comencé a correr.

Corría tan rápido como mis piernas me lo permitían, pero algo, una fuerza extraña, como una cuerda jalándome de regreso, me impedía acelerar mi paso y dejar al oso atrás. Corrí tan rápido como podía, pero no parecía suficiente. *Sí, puede distinguir el calor corporal de sus presas, incluso siendo de noche, se acerca silenciosamente, y cuando está lo suficientemente cerca de ellas... ¡pum! ataca.*

¡pum! ataca...

Ataca...

En ese momento toda la información que ya conocía de cómo funcionaba el mundo se esfumó, no podía pensar en nada más que no fuese correr. Mi respiración, ya agitada, comenzaba a decaer, mis pulmones ardían como dos bolas de papel en llamas, mis piernas gritaban de dolor.

Miré hacia atrás, esperando ver a la enorme bestia abalanzándose sobre mí... y la oscuridad fue todo lo que apareció a mi vista. No había oso persiguiéndome y no había ningún otro animal en la calle. Estaba perfectamente deshabitada, el aire frío y húmedo calando en mis huesos como martillos. Estaba sola en la calle, excepto por dos perros persiguiendo algo, a dos cuadras, dos cachorros enormes perseguían una figura que chillaba. Repentinamente otras luces del alumbrado público se encendieron y pude vislumbrar aquella figurilla que era amenazada por los cachorros mutantes. Uno de los perros corrió más deprisa que su compañero y que el osezo, quien era perseguido, y se puso delante de éste para cerrar el paso y obligar al bebé oso a ir hacia atrás, donde el otro perro, mostrando los dientes, le esperaba. Los dientes de éste se cerraron alrededor de la pata trasera del pequeño oso y éste lanzó un chillido tan agudo que hizo que mi piel se helara.

El perro que estaba delante de la cría comenzó a atacarlo y, de un momento a otro, los dos cachorros gigantes mordían cruelmente al pequeño animal indefenso, que yacía ya inmóvil sobre el duro pavimento.

Pensé que comenzarían a arrancarle a pedazos el cuerpo, pero en cuanto el pequeño oso dejó de moverse y chillar, los dos perros perdieron interés en él y se fueron, jugueteando por la acera y dejando el cuerpo deformado del osezo atrás.

Mi repentino brote de adrenalina causado por la persecución del enorme oso parecía estar aún en mí, así que dejé que el enojo se apoderara de mis acciones y corrí hacia los perros mutantes, esperando poder cogerles por sorpresa, pero en cuanto llegaron al comienzo de la calle, sus cuerpos comenzaron a crecer y a cambiar de forma, el pelo se comenzó a esfumar, sustituido por piel clara en uno de ellos y morena en el otro.

Las patas traseras fueron alargándose, cambiando por extremidades inferiores humanas, y las patas delanteras fueron sustituidas por brazos desnudos. Dos chicas surgieron del revoltijo. Se miraron en sus nuevas formas y comenzaron a reírse, no a risitas ahogadas, sino a estruendosas carcajadas, chocando las manos. Estaban festejando su victoria.

¡Hey!

Las chicas voltearon y me miraron, con expresiones serias en primer lugar y después divertidas, mi arretrato pareció divertirles.

Hey, ¿qué pasa? dijo la chica de la izquierda, la que había acorralado a la pequeña cría.

¿Saben lo que acaban de hacer? ¡¿Lo saben?! mi voz se elevó más de lo que habría querido. No podía pensar en nada más, la ira me consumía. Ellas habían asesinado solo por diversión.

La chica de la derecha, la morena, me miró con ferocidad. Mientras me hablaba, una sonrisa horrible surcó su boca.

Corre, te daremos tiempo de beneficio. Prometo no morderte la cara, su voz era delicada, pero su tono era amenazante, malvado.

Ya no son lo que prometen ¿eh?, una voz se alzó desde la oscuridad, detrás de mí.

Una mujer de rostro familiar apareció delante de nosotras. No recuerdo cómo era (alta o baja, blanca o morena, pelo corto o largo, vestía... ¿qué vestía?), pero miraba fijamente a la chica que me había hablado. Su ira era evidente, los ojos llamearon fuego y los dirigía de la chica morena a su compañera y de regreso.

No recuerdo aún cómo lo supe, pero me sentí segura al descubrir que las chicas-perro no nos podrían atacar, no en sus antiguas formas. Únicamente un cambio por día, no más.

Y, sin previo aviso o alguna señal de anticipación, la mujer misteriosa se abalanzó sobre ellas. Las tres cayeron al suelo con un golpe sordo. Ellas comenzaron a golpear a la mujer que había salido repentinamente de la oscuridad, pero ella era más rápida en sus movimientos, alcanzando los brazos de ambas cuando las chicas apenas intentaban lanzar los golpes. Ellas ya no eran un peligro y, más bien, lucían como si quisieran asestar golpes peligrosos, pero todo lo que conseguían eran golpes patéticos de colegiala.

Me uní al caos de brazos y piernas, golpeando la cara de la chica de tez blanca, la que había acorralado al oso, descargando toda mi furia. Con una nueva corriente de adrenalina, me paré y comencé a patearla en el estómago. Una patada seguía a la otra y lo único que hacía ella era chillar de dolor. Mi furia incrementó y le asesté varios golpes más en las piernas antes de que la mujer me tomara del brazo izquierdo y me empujara hacia atrás.

Suficiente dijo ella.

Levanté la mirada de las chicas tiradas sobre el frío pavimento. Eran varias personas que ahora nos estaban supliendo, golpeando despiadadamente a las chicas, una y otra y otra y otra vez, duros golpes eran acompañados por gritos de furia.

En mi visión periférica apareció el pequeño oso, tirado en el pavimento, supurando sangre de las heridas, horribles rasguños por todo su pelaje. Y a un lado de la cría, su padre (¿o era su madre?) acunando al pequeño en su regazo. Me detuve en seco, el alma se me calló a los pies, supe lo que pasaría, lo sabía, pero mis piernas parecían haberse desconectado y estaban totalmente congeladas. El oso que antes se había abalanzado sobre mí, levantó la vista del cadáver de su pequeño y me miró. La sensación era horrible, la culpa inundó mis venas y el miedo, junto con el aturdimiento se cernían sobre mí sin piedad. Y sucedió...

Por segunda vez, estaba corriendo, tanto como mis inútiles piernas me lo permitían, estaba siendo perseguida por el oso que hacía ruidos ahogados.

Pueden amar, odiar, sorprenderse, aprender... pero de la forma en la que lo hace un humano

pueden amar, odiar...

o d i a r

No entendía nada, yo no había matado a su cría, pero la culpa estaba allí, en mi garganta y me impedía gritar. Yo sabía que, de alguna forma, el oso pensaba que yo había matado a su pequeño.

La bestia me pisaba los talones, estaba peligrosamente cerca, sentía la cabeza explotar por las sensaciones.

Mis oídos despertaron y supe que aquello que pronunciaba el oso no eran ruidos ahogados, sino que gritaba palabras, palabras dirigidas a mí.

¡Págame! ¡Págame! gritaba la bestia hecha una furia.

Intenté gritarle, decirle que yo no lo había hecho. Ellas lo hicieron. ¡Yo lo defendí!

Desesperación ardía dentro de mí, cada zancada era más lenta que la anterior y me cansaba aún más rápido por la pendiente severamente inclinada. Aunque no había avanzado una distancia muy larga, mis extremidades inferiores gritaban de nuevo, quizás por el pánico o el dolor no físico. Sentí como éstas cedían y aunque yo tenía toda la intención de escapar y mi cerebro estaba más despierto y activo que nunca, mis piernas se rindieron. Quería seguir corriendo, pero no podía hacerlo.

A veces rendirse no es lo mejor, pero si lo más fácil.

Lagrimas recorrían mis mejillas, sentí el sabor de la sangre en la lengua, aflojé las manos que estaban cerradas en puños, las manos me dolían y mi respiración se entrecortaba.

Me detuve, girando para estar de frente a mi atacante. Sus ojos me miraban, furiosos, pero el dolor era evidente: ojos tristes que me helaban el alma. Jadeando por la falta de aire, le suplique

Un sólo golpe, de un sólo golpe. Que sea rápido.

La bestia se lanzó sobre mí sin vacilar y pude sentir el dolor punzante de la mordida en todo el cuerpo, un espiral oscuro y demoledor me tomó y dejé que las sensaciones me invadieran.

Luego escuché mi alarma.